

Últimos días en el valle

(En rojo van mis intervenciones; en negro, lo redactado por la inteligencia artificial).

Juguemos al rol. Soy Ortega, un pistolero mestizo en El Paso a finales del siglo XIX. Trabajo para don Ramón, un potentado local. Llevo una vida solitaria y suelo emborracharme con tequila para olvidar el amor que perdí cuando era joven, y la violencia con la que me gana la vida.

El aire en la cantina de El Paso está denso, cargado del olor a tabaco barato, sudor y el hedor dulce y agrio del alcohol derramado. Afuera, el viento del desierto sopla con ganas, golpeando las maderas viejas y trayendo una fina capa de polvo que lo cubre todo.

Estás sentado en la mesa del fondo, la que te permite tener la espalda pegada a la pared de maderas crujientes y la vista puesta en la puerta principal. Frente a ti, la botella de tequila está casi a la mitad y el vaso de vidrio grueso tiene una mancha de tus propios dedos. El líquido te quema la garganta con la familiaridad de un viejo enemigo, pero apenas calma el fuego inquieto que llevas dentro: el recuerdo de un rostro que el tiempo no ha podido borrar y el peso frío del Remington que cuelga de tu cinto.

De pronto, las puertas de vaivén se abren de golpe. Un muchacho joven, sudoroso y con el sombrero mal puesto, entra buscando con la mirada entre la penumbra hasta que da contigo. Traga saliva, se acerca a tu mesa a pasos rápidos y se apoya en la madera, tratando de recuperar el aliento.

—Ortega... —dice en un susurro agitado—. El patrón me mandó a buscarte. Don Ramón te quiere en la casona ya mismo. Llegó un tipo de la frontera preguntando por las tierras del norte... y el patrón dice que necesita a alguien que sepa hacerse entender sin hablar demasiado.

El muchacho mira de reojo la botella de tequila y luego la cacha gastada de tu revólver, esperando tu reacción.

El alcohol aún te entumece los sentidos, pero la disciplina del peligro te activa por instinto. ¿Qué haces?

Me levanto con paso cansado y voy a la casona de don Ramón.

Apoyas las palmas sobre la mesa de madera desgastada y te levantas despacio. Por un segundo, la habitación oscila levemente por efecto del tequila, pero te eriges con esa postura pesada y firme que te ha mantenido vivo todos estos años. Te calas el sombrero hasta las cejas, dejando que la ala te sombra los ojos, y echas a andar. El muchacho se hace a un lado rápidamente, casi tropezando, mirándote con una mezcla de respeto y temor.

El sol caliente de El Paso te golpea de lleno al cruzar las puertas de vaivén. El aire seco te seca el sudor en la frente mientras caminas por la calle principal, levantando pequeñas nubes de polvo a cada paso. El tintineo de tus espuelas es el único sonido que acompaña tus pensamientos: la sombra de aquel viejo amor perdido vuelve a asaltarte, como siempre que el alcohol empieza a ceder ante la adrenalina.

Al llegar a la casona de don Ramón, el contraste es brutal. Las paredes de adobe grueso mantienen el interior fresco y sombrío. Los sirvientes se apartan a tu paso mientras te diriges al despacho principal.

La puerta de roble está entreabierta. Dentro, don Ramón —vestido impecablemente con su traje oscuro y sus cadenas de reloj de oro— permanece de pie junto a un gran ventanal. Frente a él, sentado en una silla de cuero, hay un forastero alto, de mirada esquiva y botas cubiertas del lodo seco del río Bravo. Un plano de las tierras del norte está extendido sobre el escritorio.

Al oír tus pasos, don Ramón se gira, te mira de arriba abajo con soslayo —notando el tufo a alcohol, pero también la mano firme que descansa cerca de tu cinto— y esboza una sonrisa fría.

—Ah, Ortega. Llegas justo a tiempo—dice don Ramón, señalando con la cabeza al forastero—. El señor aquí presente insiste en que las tierras del valle ya tienen dueño... y parece no entender cómo hacemos los negocios por estos rumbos.

El forastero se gira lentamente en su silla, clavando una mirada desafiante en ti, aunque sus ojos se posan un segundo de más en tu revólver.

¿Qué dices o haces al entrar al despacho?

—¿Cómo se llama este señor, venido de tan lejos?—pregunto.

El forastero se acomoda el ala de su sombrero, sin quitarte el ojo de encima, y dice con una voz áspera y rasposa:

—Me llamo Cole Vance... y no vine desde El Paso del Norte para que un peón de don Ramón me intimide.

—Señor, aquí nadie quiere intimidarlo. Esas tierras han sido labradas por los trabajadores de don Ramón durante décadas. Todo lo que hay en esas tierras pertenece por justicia a don Ramón. Comprenderá que no es lógico que ahora, por lo que ponga en un papel que ni siquiera es conocido aquí, esas tierras cambien de dueño.

Cole Vance esboza una sonrisa torcida y cínica. Deja caer una mano pesada sobre el plano extendido en el escritorio y te mira fijamente, midiendo tu postura cansada y el peso implícito en tus palabras.

—Un papel firmado en la capital vale más que todas las azadas y el sudor de tus peones, mestizo —dice Vance, elevando ligeramente el tono pero sin perder esa calma calculadora—. El gobierno de México está vendiendo los títulos de la franja fronteriza, y el sello de este documento dice que la hacienda del valle le pertenece a la compañía para la que trabajo. Lo que don Ramón llama 'trabajo de décadas', la ley lo llama invasión.

don Ramón suelta un bufido de desprecio desde el ventanal, aunque notas cómo sus nudillos se aprietan con fuerza alrededor de la perilla de su bastón. Luego te mira a ti, esperando a ver cómo manejas la terquedad del norteamericano.

El olor a cuero viejo del despacho y la tensión densa en el aire hacen que el mareo del tequila termine de disiparse del todo. Vance no parece un simple charlatán; lleva la pistola bien asentada en el muslo y la mirada de quien ha visto suficiente pólvora como para no asustarse fácil.

—Así que dinos, Ortega —interviene don Ramón con voz suave pero envenenada—. ¿Le explicamos al señor Vance lo que le pasa a los papeles firmados en la capital cuando cruzan el río Bravo, o prefiere entenderlo por las buenas?

Cole Vance no se mueve de la silla, pero sus músculos se tensan, esperando tu siguiente movimiento o tu respuesta. ¿Qué haces?

—Antes, que el Sr. Cole Vance nos diga para quién trabaja.

Cole Vance se le dibuja una sombra de molestia en la frente. La frialdad y calma de tu voz lo han tomado por sorpresa; esperaba una amenaza directa, un grito o un ademán brusco hacia la funda de tu revólver, no una pregunta tan directa y seca.

Lentamente, saca la mano de encima del plano y tamborilea los dedos sobre el reposabrazos de la silla de cuero. Te mira con detenimiento, intentando escudriñar tras esa mirada gastada por el alcohol y las penas que cargas.

—Trabajo para la Santa Fe Pacific Land Trust —responde Vance, escupiendo las palabras con cierta soberbia—. Empresarios de San Francisco y la capital que tienen suficiente oro para comprar todo El Paso... y suficiente influencia para enviar al ejército si sus títulos de propiedad no se respetan.

don Ramón deja escapar una risa corta y despectiva, aunque sus ojos revelan cierta inquietud ante la mención de un consorcio tan grande.

—Un grupo de especuladores gringos que compren mapas desde una oficina a mil millas de aquí —interrumpe don Ramón, dando un paso al frente—. ¿Y crees que un nombre en inglés va a asustar a la gente de este valle, Vance?

Vance no mira a don Ramón; te mantiene la mirada a ti, Ortega. Sabe quién es el que realmente lleva la muerte colgada al cinto en esa habitación.

—No vine a asustar a nadie. Vine a hacer una oferta final antes de que esto se vuelva feo —dice Vance, bajando el tono de voz solo para ti—. Don Ramón cree que su dinero local lo protege de todo. Pero tú... tú no pareces tonto. Tú sabes cómo terminan estas historias cuando el ferrocarril y el gran capital deciden cruzar la frontera.

El silencio vuelve a apoderarse del despacho. Vance espera tu respuesta, buscando ver si en tu soledad y en tu cansancio aún queda lealtad ciega hacia don Ramón, o si tus propios demonios te hacen ver las cosas de otra manera.

¿Qué le dices?

—Denos unos días para pensarlo, para consultar a los abogados de don Ramón. Seguro que es la idea más razonable, ¿no le parece, don Ramón?

Don Ramón te clava una mirada de pura incredulidad. Sus cejas se juntan con rabia contenida y por un segundo parece a punto de estallar ante lo que considera una muestra de debilidad por tu parte. Sin embargo, al ver tu rostro impasible y la frialdad de tus ojos, el viejo hacendado frena su impulso. Sabe que no eres un cobarde y que si sugieres frenar la mano, hay un cálculo detrás.

Don Ramón traga saliva, se acomoda los puños del saco y asiente con una rigidez casi cómica.

—Si... si Ortega cree que debemos revisar la legalidad de esos documentos antes de tomar una decisión definitiva, así se hará —masculla don Ramón, apretando la perilla de su bastón—. No quiero que se diga que en esta hacienda no actuamos con caballerosidad.

Cole Vance deja escapar una leve sonrisa de satisfacción. Se levanta despacio de la silla de cuero, se ajusta el chaleco y recoge el plano del escritorio, doblándolo con cuidado metódico.

—Una decisión muy sabia—dice Vance, mirándote con un atisbo de respeto mal disimulado—. Estaré hospedado en el hotel 'El Dorado', en la calle principal, hasta el viernes al mediodía. Si para entonces no tengo un acuerdo firmado por don Ramón... asumiré que prefieren resolver esto al modo antiguo.

Vance se toca la ala del sombrero en un gesto seco, pasa a tu lado dejando tras de sí un rastro de olor a tabaco gringo y cuero nuevo, y sale del despacho cerrando la puerta tras de sí.

En cuanto los pasos del forastero se pierden por el pasillo, don Ramón se gira hacia ti como una víbora a punto de atacar. El rostro se le ha puesto rojo de la furia.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo, Ortega? —sisea don Ramón, acercándose a ti y golpeando el suelo con el bastón—. ¡Ese infeliz nos ha venido a amenazar en mi propia casa! ¡Deberías haberlo sacado a patadas o haberle dejado una bala de recuerdo para que aprenda a respetar! ¿Desde cuándo le pedimos tiempo a un perro gringo?

El silencio de la casona te envuelve. Afuera, el viento del desierto sigue silbando.

¿Qué le respondes a don Ramón?

—Señor, usted sabe que a mí no me importaría hacerme matar si usted me lo pide. Pero quizás habría que pensar en las consecuencias para el valle, para las villas, para la gente. Ese perro trabaja

para Santa Fe. Son demasiado grandes. Necesitaríamos muchos más hombres para defender todas sus tierras, señor.

El rostro de don Ramón pasa del rojo de la ira a una palidez amarga. Las palabras te salen secas, cargadas de ese realismo desgastado que solo da haber visto rodar demasiada sangre por causas perdidas. El hacendado da un par de pasos hacia la ventana, apoyando ambas manos sobre el bastón mientras contempla sus dominios bañado por la luz dorada del atardecer.

—Las villas... la gente... —murmura don Ramón, casi para sí mismo, con la voz despojada del orgullo de hace un momento—. Creen que todo esto es mío, Ortega. Pero si cae la hacienda, caen ellos. Los gringos no quieren peones con historia; quieren la tierra limpia para sus rieles y sus vacas.

El viejo se gira despacio hacia ti. En sus ojos ya no hay furia, solo el peso de la vejez y el miedo a un mundo que está cambiando demasiado rápido para él.

—Tienes razón en algo: no podemos ganar una guerra abierta contra la Santa Fe con seis muchachos y tu revólver —admite, apretando los dientes—. Pero tampoco voy a regalarles lo que a mi padre y a mí nos costó la vida levantar. Ortega... necesito tiempo. Tiempo para mover influencias en la capital, para saber si esos papeles son legítimos o si Vance solo es un matón con un sello falso.

Don Ramón camina hacia su escritorio, sirve dos vasos de tequila de una garrafa de cristal y te ofrece uno. Te mira fijamente, buscando esa lealtad silenciosa que es lo único firme que le queda.

—Quiero que averigües quién es realmente Cole Vance. Qué clase de hombre es cuando no tiene un plano en la mano. Ve al hotel 'El Dorado', habla con la gente de la cantina de enfrente, sigue sus pasos... Si hay un punto débil en ese perro o en su empresa, quiero que lo encuentres antes del viernes.

Sostienes el vaso de vidrio gruesa. El aroma del agave te vuelve a golpear la memoria, trayéndote por un instante el recuerdo lejano de unos ojos claros que te miraban antes de que la vida se volviera esta larga sombra de polvo y pólvora.

¿Aceptas el encargo de don Ramón y qué haces al salir de la casona?

—Sabe que puede contar conmigo, don Ramón—le digo.

Salgo a paso rápido del despacho. Me dirijo hacia El Dorado, pero no voy por la entrada principal, voy por la puerta de atrás. Estoy buscando a Sara, una de las prostitutas de allí.

Aceptas el vaso de tequila de un trago seco, sintiendo el ardor familiar quemándote la garganta. Das un tétrico asentimiento de cabeza a don Ramón y te giras sin pronunciar una sola palabra más.

El aire afuera empieza a enfriarse a medida que el sol cae tras las colinas del desierto, tiñendo el cielo de un rojo violáceo. Caminas a paso rápido, evitando la calle principal para no ser visto. Te internas por el callejón trasero del hotel El Dorado, entre paredes de adobe desgastado, barriles de madera vacíos y el tufillo a orín y desperdicios.

Subes con cautela los desgastados peldaños de madera de la escalera de servicio, buscando la puerta trasera por donde las chicas del local salen a tomar el aire o a tirar los restos de los baldes. Conoces el lugar de memoria; antes de que la botella fuera tu única compañía, pasaste más de una noche entre estas paredes intentando ahogar otros fantasmas.

Empujas la puerta de madera, que gime débilmente sobre sus bisagras. Al fondo del pasillo, débilmente iluminado por una lámpara de kerosene que parpadea, ves la silueta de una mujer apoyada contra el marco de una ventana, fumando un cigarrillo delgado. El humo plateado se eleva en espirales sobre su cabello oscuro.

Es Sara.

Al oír el chasquido de tus espuelas, se gira con un gesto rápido de sorpresa, llevando la mano al escote por instinto. Pero al reconocer tu sombrero y tu rostro entre la penumbra, su postura se relaja, aunque una mueca de cautela y nostalgia se dibuja en sus labios pintados de rojo.

—Vaya, vaya... el fantasma de la frontera —dice Sara con voz ronca por el tabaco, dando una larga pitada—. Pensé que a estas horas ya estarías ahogado en la botella de la cantina de abajo, Ortega. No sueles venir a buscarme por la puerta de atrás... a menos que haya problemas o busques algo que no sea compañía.

Te mira de arriba abajo, escudriñando el cansancio en tus ojos y la tensión contenida en tus hombros.

¿Qué le dices o qué le preguntas a Sara?

—En realidad, vine porque te echaba de menos, Sarita.

Me acerco a ella y la acaricio la cara, la cojo la barbilla y beso su mejilla.

Sara se queda petrificada por un segundo, sorprendida por la calidez inesperada de tus palabras. El humo de su cigarrillo se disipa lentamente entre los dos mientras siente la aspereza de tus dedos, marcados por el sol y la pólvora, al acariciar su rostro. Al sentir el roce de tus labios en su mejilla, cierra los ojos un instante y deja escapar un suspiro largo y pesado.

Cuando abre los ojos, la dureza con la que suele recibir al mundo se ha suavizado. Apoya despacio una mano sobre tu pecho, sintiendo el latido lento y pesado de tu corazón bajo la tela gastada de tu camisa.

—Ay, Ortega... —murmura con un tono en el que se mezcla una punzada de ternura y una tristeza profunda—. No me digas esas cosas. Tú y yo sabemos que el único fantasma que llevas en el pecho no tiene mi nombre... pero Dios sabe que me gustaría que fuera distinto.

Da un paso atrás suavemente, rompiendo el contacto pero sin quitarte la mirada de encima. Echa un vistazo rápido hacia el pasillo desierto para asegurarse de que nadie las escucha y vuelve a mirarte, escudriñando tu rostro con esa perspicacia que solo tienen las mujeres que han visto pasar a demasiados hombres rotos por ese hotel.

—Hueles a tequila y a tierra seca... pero también hueles a peligro —dice bromeando con una sonrisa triste, mientras da la última pitada a su cigarrillo y lo tira por la ventana—. Sé que no viniste solo por mis ojos negros, viejo amigo. El gringo que llegó hoy... el tal Vance... está hospedado en la suite de la planta alta. Llegó presumiendo dinero y pidiendo el mejor vino, pero tiene cara de los que no duermen de noche sin una pistola bajo la almohada.

Sara se acerca un poco más a ti y baja la voz a un susurro.

—¿Qué es lo que realmente necesitas saber de él, Ortega? Porque si se trata de ti... sabes que te ayudaré en lo que pueda.

—Vamos a tu habitación. Hablaremos allí.

Sara te mira a los ojos un segundo más, buscando cualquier grieta en tu aplomo. Luego, asiente en silencio. Se gira despacio y echa a andar por el pasillo de madera que cruje levemente bajo sus pasos, guiándote hacia una de las puertas del fondo.

Saca un manojo de llaves del bolsillo de su bata, abre la cerradura con un chasquido metálico y entra primero. Te haces a un lado para pasar y cierras la puerta tras de ti, pasándole el pestillo por puro instinto.

La habitación de Sara es pequeña, cálida y huele a lavanda rancia y a cera de vela. En un rincón hay una cama de hierro con cobijas coloridas; junto a ella, un tocador de madera con un espejo algo manchado por el tiempo y un lavamanos con una jarra de porcelana. La luz de la luna llena que empieza a asomarse por la ventana tiñe el cuarto de tonos azulados y penumbras.

Sara se acerca al tocador, enciende una vela pequeña con un fósforo y la llama proyecta sombras alargadas sobre las paredes de adobe. Se gira hacia ti, cruzándose de brazos y apoyándose contra la madera.

—Aquí estamos, Ortega —dice con voz baja y suave, rompiendo el silencio—. Nadie nos va a molestar. Ahora dime... ¿qué es lo que te trae persiguiendo a ese gringo? Y lo más importante: ¿qué necesitas de mí?

—Olvídate ni que sea por cinco minutos de ese gringo.

Me acerco sonriendo, enigmático a ella. Le pongo una mano en los hombros y comienzo a quitarle la bata. Voy a intentar hacer el amor con ella... Luego le contaré todo lo de Vance y le diré lo que tiene que hacer. Ahora quiero disfrutar y sé que a ella le apetece también.

El tiempo parece detenerse por un momento dentro del pequeño cuarto. La luz tibia de la vela parpadea, dibujando sombras suavemente en las paredes de adobe mientras el ruido del pueblo se apaga en la distancia.

Sara no se mueve. Se queda mirándote fijamente a los ojos, conteniendo el aliento cuando ve la sonrisa enigmática que cruza tu rostro golpeado por la vida. Hay una sombra de duda en su mirada, la certeza amarga de que el pasado siempre está entre los dos, pero la calidez de tu tacto en sus hombros la vence. Un leve escalofrío le recorre la espalda cuando deslizas la bata despacio, dejándola caer sobre el suelo de madera.

—Está bien, Ortega... —susurra con la voz quebrada, entrelazando sus dedos con los tuyos mientras busca tus labios—. Cinco minutos. Sin pasado, ni gringos, ni muertos... solo tú y yo.

En la penumbra del cuarto de El Dorado, el peso de las tierras de don Ramón, la sombra de Cole Vance y hasta el fantasma de aquel viejo amor perdido quedan suspendidos fuera de la puerta. Por un tramo de noche, envueltos en el olor a lavanda y el calor de la piel, la soledad da una tregua y el peligro de la frontera parece algo muy lejano.

Un par de horas más tarde, la vela se ha consumido casi por completo, dejando apenas una pequeña llama azulada que parpadea sobre la mesa de noche. El silencio en la habitación es denso y tranquilo. Sara descansa a tu lado, apoyando la cabeza en tu pecho, siguiendo con un dedo las viejas cicatrices de tu piel mientras escucha el ritmo pausado de tu respiración.

—Hacía mucho tiempo que no te sentía así de presente, Ortega —murmura en la oscuridad, con una voz serena—. Ahora sí... cuéntame qué pasa con ese gringo y qué es lo que necesitas que haga por ti.

—Ese gringo trabaja para la Santa Fe Pacific Land Trust. Es una compañía muy importante del norte. Lo que quiere es muy sencillo. Parece ser que todas las tierras de don Ramón, todas las que están al norte, no le pertenecen. Esa compañía se ha hecho con los papeles. O eso es lo que ha dicho él. Don Ramón sospecha que puede ser mentira, el gringo podría estar mintiendo. Necesito saber para quién trabaja realmente, si es para esa compañía o no. Si está mintiendo, si es para algún ranchero gringo, podemos ocuparnos de eso. Puedo conseguir unos hombres extra si hacen falta. Pero si es para esa compañía, no tenemos ninguna posibilidad. Sería el fin de todo el valle, de toda la gente y, por supuesto, de don Ramón. Sería el fin de todo.

Sara escucha en silencio, manteniendo la cabeza sobre tu pecho mientras la llama de la vela parpadea por última vez antes de apagarse, dejándolos a oscuras, solo iluminados por la luz de la luna que entra por la ventana. Sientes cómo se le tensa la espalda al escuchar el nombre de la compañía y la gravedad de tus palabras.

Se incorpora despacio, cubriéndose con la sábana, y te mira a la cara con gravedad. La dulzura de hace un momento ha dado paso a la astucia calculadora de quien conoce muy bien las alcantarillas de El Paso.

—Santa Fe Pacific... —murmura Sara, probando el nombre en sus labios con amargura—. Si esos perros están detrás de las tierras, la cosa es más negra de lo que pensaba, Ortega. Pero tienes

razón: los gringos suelen usar charlatanes para asustar a los rancheros antes de soltar un solo dólar de verdad.

Se acerca a la mesa de noche, coge un palillo de madera y se limpia las uñas con un movimiento rápido y decidido.

—Escúchame bien —dice bajando la voz—. Vance se trajo dos maletas de cuero pesado a la suite principal. No deja que las camareras entren a limpiar su habitación si él no está presente, y esta tarde vi a uno de los muchachos del telégrafo traerle un despacho confidencial. Vance se lo metió en el bolsillo del chaleco antes de bajar a cenar.

Sara se gira hacia ti y te pone una mano en la rodilla, mirándote fijamente.

—Esta noche, Vance pidió dos botellas de whisky caro y preguntó por las chicas. Pretende emborracharse arriba con una de las muchachas del piso inferior. Si quieres saber la verdad sobre ese papel y para quién trabaja realmente... yo puedo entrar a su cuarto mientras esté distraído o dormido por el alcohol. Puedo buscar en sus maletas y traer los despachos del telégrafo.

Te observa detenidamente, evaluando el riesgo. Sabes que si descubren a Sara, Vance no dudará en pegarle un tiro o hacerla desaparecer.

—Solo dime si quieres que lo haga, Ortega. Pero si encuentro esos papeles y resulta que la compañía es real... vas a tener que decidir si vas a morir por el orgullo de don Ramón o si vas a salvar tu propia piel.

¿Aceptas la ayuda de Sara para registrar la suite de Vance, o prefieres encargarte tú mismo de entrar por la fuerza o vigilarlo de otra manera?

—No, es demasiado arriesgado. No, no, no, no quiero que te juegues el tipo, Sarita. Hay una manera más sencilla. Seguro que tu patrón, Pedro...

Sara deja escapar un suspiro de alivio, aunque una ceja se le arquea con curiosidad al escuchar el nombre de su patrón. Se acomoda la sábana sobre el pecho y se sienta en la orilla de la cama, mirándote intrigada en la penumbra.

—¿Pedro? —dice en un susurro, ladneando la cabeza—. Bueno... Pedro conoce a medio mundo de este lado del río y le encanta el dinero gringo, pero también sabe muy bien de qué lado sopla el viento cuando hay bronca.

Sara se acerca un poco a ti, apoyando un codo en las cobijas para mirarte de cerca.

—Pedro guarda un registro de todo lo que entra y sale por el telégrafo del hotel, y siempre le saca información a los cocheros y a los mozos que traen el equipaje de la gente importante. Además, guarda los duplicados de las cartas de pago en la caja fuerte de su oficina.

Te mira con esos ojos astutos que tanto conocen a la gente del pueblo y esboza una pequeña sonrisa.

—¿Qué tienes en mente, Ortega? ¿Quieres que hable con él para ver qué se ha enterado sobre la gente que financia a Vance, o prefieres ir a apretarle las tuercas tú mismo?

—Debo ir yo mismo. Al fin y cuentas, es a mí a quien paga don Ramón. Intentaré sacarle la información a Don Pedro. Si no lo consigo, tengo otra idea. Seguro que Don Pedro guarda una copia de la llave de cada habitación. Podemos esperar a mañana, cuando Vance esté almorzando. Yo puedo almorzar con él y, mientras él esté comiendo, tú podrías entrar en su habitación y ojear todos los papeles. ¿Qué te parece?

Sara te escucha con atención, siguiendo cada una de tus palabras. Cuando terminas de exponer el plan, una sonrisa astuta y llena de convicción se dibuja en sus labios.

—Me parece un buen plan, Ortega —dice Sara en un susurro, apretándote el brazo con suavidad—. Ir tú mismo con Pedro es lo correcto; ese viejo es codicioso, pero le tiene demasiado respeto (y miedo) a la gente armada como para jugarte sucio. Y si no suelta nada útil, cuenta con la llave. Mañana, mientras lo mantengas entretenido en el comedor frente a un buen plato y hablándole de negocios, yo entraré a la suite sin levantar sospechas.

Sara se levanta despacio, se vuelve a poner la bata de seda y se recoge el cabello oscuro.

—La oficina de Pedro está al fondo del pasillo principal, abajo, detrás de la barra. A esta hora suele estar contando la caja de la noche o tomando un trago a solas. Si vas ahora, lo vas a encontrar seguro.

Te acomodas el sombrero y revisas el revólver en la funda con un movimiento mecánico y fluido. Al abrir la puerta de la habitación de Sara, el murmullo lejano de las guitarras y las risas de la cantina abajo se cuela por el pasillo.

Bajas las escaleras de servicio con cautela y te diriges hacia la parte trasera del bar. Empujas la puerta de madera pesada de la oficina de Don Pedro.

El dueño del hotel, un hombre obeso, de bigotes exuberantes y chaleco de terciopelo manchado, está sentado tras su escritorio de caoba. Al ver tu silueta alta y sombría recortarse bajo el marco de la puerta, pega un leve brinco en la silla y la mano le tiembla un segundo sobre el libro de contabilidad.

—¡Santa María, Ortega! —exclama Pedro, llevándose una mano al pecho y tratando de componer un rostro amigable—. Me vas a matar del susto... ¿Qué hace el hombre de confianza de don Ramón por aquí a estas horas? Si buscas trago o compañía, sabes que en mi casa siempre eres bienvenido... aunque prefiero que la gente entre por la puerta donde se paga.

Pedro te mira de arriba abajo, notando la frialdad en tus ojos y buscando descifrar la razón de tu visita.

¿Cómo le pides la información sobre Vance a Don Pedro o cómo planteas la conversación?

—Buenas noches, Don Pedro. En realidad, don Ramón me ha pedido que encuentre información sobre ese gringo. Parece ser que trabaja para la Santa Fe. Dice que hay unos papeles sobre las tierras al norte y, bueno, podría ser un problema bastante grave. Necesito saber si ese gringo dice la verdad o si está mintiendo. En realidad, podría ser un empleado de cualquier rancho local, es lo más probable. Cualquier rancho al norte de la frontera, ¿eh? ¿Qué le parece?

Don Pedro deja caer la pluma sobre el libro de contabilidad y se apoya sobre el escritorio de caoba. Su rostro gordo pierde la sonrisa nerviosa y adopta esa expresión cautelosa de quien sabe que está caminando sobre hielo muy delgado en la frontera.

Se pasa un pañuelo de seda por la frente sudorosa y echa un vistazo rápido a la puerta cerrada antes de hablar, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo denso.

—Ay, Ortega... te conozco desde que llegaste a este pueblo y sabes que no me gusta meterme en broncas de hombres armados ni de grandes patrones —dice Pedro, alisándose el bigote con un

dedo tembloroso—. Pero si me preguntas a mí, ese tal Cole Vance no huele a ranchero tejano. Los matones de los ranchos de por aquí huelen a bosta de vaca, whisky barato y traen el polvo pegado a la camisa. Este tipo tiene modales de ciudad, paga con billetes del Banco de San Francisco que huelen a tinta fresca y sus botas cuestan más que la paga mensual de tres peones.

Pedro se inclina un poco más hacia ti, clavando sus ojos pequeños en los tuyos.

—Esta tarde, el muchacho del telégrafo vino dos veces. Yo mismo vi los sobres. Uno venía directo de Denver, de una oficina de abogados, y el otro traía un giro postal a nombre de la Santa Fe Pacific Land Trust para pagar su estancia por dos semanas completas en la mejor suite... con opción a extenderla.

El viejo hostelero traga saliva y tamborilea los dedos sobre la madera gastada.

—No te voy a mentir, Ortega: ese tipo no es un improvisado ni un cuatrero de poca monta que trabaja para un ranchero envidioso. Detrás de él hay oro de verdad y muchos abogados. Si don Ramón cree que esto es una disputa de linderos entre vecinos... el viejo se equivoca feo.

Pedro se echa hacia atrás en la silla, mirándote con una mezcla de lástima y preocupación por la suerte que te pueda tocar en este entuerto.

—Eso es todo lo que sé, Ortega. Palabrita de honor. Ahora bien... ¿qué piensas hacer tú con todo esto?

—Don Pedro, créame que le agradezco el que me haya disipado las dudas. Así que la cosa es grave... Informaré a don Ramón de que todo va en serio. Le daré saludos de su parte, Don Pedro.

Don Pedro respira aliviado y se pasa el pañuelo por la calva, secándose el sudor frío. Te mira con agradecimiento sincero por no haber tenido que apretarle las tuercas y por mantener las cosas en paz dentro de su negocio.

—Gracias, Ortega... te lo agradezco de corazón —dice Pedro, haciendo un gesto de respeto con la cabeza—. Dile a don Ramón que lo siento mucho, que ojalá encuentre una salida política a esto. Y por favor, si las cosas se ponen feas con ese gringo... procura que los balazos sean afuera de mi hotel.

Te despidas con un leve movimiento del ala de tu sombrero y sales de la oficina, dejando a Don Pedro solo con sus libros de contabilidad.

Caminas por el pasillo interior y subes a buscar a Sara una última vez antes de marcharte. La encuentras esperándote cerca de las escaleras, envuelta en su bata y apoyada en la barandilla. En cuanto ve la gravedad en tu rostro, comprende de inmediato lo que has averiguado.

—Así que es verdad... —murmura Sara, con una sombra de tristeza en los ojos—. No hay mentira. Es el gigante del norte.

Te acercas a ella en la penumbra. Ya no hace falta el plan de la llave ni distraer a Vance durante el almuerzo. La verdad ha quedado al descubierto antes de tiempo: la Santa Fe Pacific es real, tiene el dinero, los abogados y el respaldo que don Ramón no puede combatir con la fuerza bruta.

—¿Qué vas a hacer ahora, Ortega? —te pregunta Sara en un susurro cargado de preocupación, tomándote de la mano—. Si le dices esto a don Ramón, ese viejo terco va a querer pelear una guerra que no puede ganar. Y tú vas a quedar en medio.

Sales del hotel El Dorado y la brisa helada de la noche del desierto te da de lleno en la cara, disipando cualquier rastro de alcohol que te quedara. Mientras caminas de regreso bajo la luz de las estrellas hacia la casona de don Ramón, el peso de tus decisiones te aplasta el pecho.

Tienes la certeza de que el valle tal como lo conocías está a punto de cambiar para siempre, y mañana por la mañana tendrás que plantarte frente a don Ramón para darle la noticia que sentenciará su destino... o el tuyo.

¿Vas directamente a la casona a entregar el informe a don Ramón esa misma noche, o decides hacer algo más antes de que amanezca?

Voy directamente a hablar con don Ramón. Le envío saludos de Don Pedro y le cuento todo. Le digo que hoy no podemos tomar ninguna decisión. Mañana, después de consultar con la almohada, quizás se nos haya ocurrido alguna idea. Tenemos varios días hasta el viernes, no debemos precipitarnos.

El camino de vuelta a la casona lo haces en silencio, sintiendo el frío de la noche colarse por las costuras de tu chaqueta. Al llegar, encuentras a don Ramón todavía despierto, paseando de un lado

a otro en su despacho iluminado por unas cuantas velas. El cenicero de su escritorio está lleno de ceniza de puro y la botella de cristal está vacía hasta la mitad.

En cuanto te ve entrar, el viejo hacendado se detiene en seco, buscando desesperadamente en tu cara una señal de esperanza.

—¿Y bien, Ortega? —pregunta con la voz ronca por el humo y la ansiedad—. ¿Qué descubriste de ese perro?

Te quitas el sombrero, te acomodas en el marco de la puerta con la calma cansada de siempre y lo miras a los ojos.

—Don Pedro le manda sus saludos, don Ramón —dices con voz firme y serena—. Y me temo que las noticias no son buenas. Todo es verdad. Las cartas del telégrafo vienen directo de Denver y los pagos están respaldados por el Banco de San Francisco a nombre de la Santa Fe Pacific. Vance no es ningún charlatán ni trabaja para un ranchero vecino. Es el gigante del norte, señor.

Don Ramón se queda congelado. El color se le va del rostro y parece envejecer diez años en un solo segundo. Apoya una mano temblorosa en el borde del escritorio para no perder el equilibrio.

—Así que... es verdad —murmura, mirando al vacío—. Vienen por todo.

—Así es, patrón —añades, dando un paso al frente para captar su atención—. Por eso mismo, hoy no podemos tomar ninguna decisión con la cabeza caliente. Mañana, después de consultar con la almohada, quizás se nos ocurra alguna idea o una estrategia mejor. Tenemos hasta el viernes al mediodía; no debemos precipitarnos ni cometer un error que nos cueste caro.

Don Ramón te mira durante un largo momento. La furia y el orgullo que lo caracterizan parecen ceder ante la aplastante realidad, pero la sabiduría de tus palabras logra calmar la tormenta en su pecho. Deja escapar un largo suspiro y asiente despacio.

—Tienes razón, Ortega... —dice en un susurro cansado—. La noche no es buena consejera para un hombre con rabia. Ve a descansar. Mañana pensaremos qué hacer.

Te despides con una leve inclinación de cabeza y sales de la casona.

Te diriges a tu pequeña habitación en las dependencias traseras de la hacienda. Te quitas el cinto con el revólver, lo colocas en la mesa de noche al alcance de la mano y te sirves un último trago de tequila antes de tumbarte en el catre. En la penumbra, contemplas el techo de vigas de madera mientras el alcohol te va adormeciendo los sentidos, sabiendo que el viernes llegará más rápido de lo que quisieras y que el destino de este valle pronto estará en tus manos.

Paso un rato pensativo, atusándome los bigotes, intentando encontrar alguna solución. Mi cabeza se mueve entre la rabia y las ganas de arreglarlo todo y conseguir que nada cambie. También me acuerdo de Sara; pienso que quizás mañana debería llevarle unas flores... Poco a poco, con la calma de la noche, me duermo.

El silencio de la noche te envuelve por completo. Mientras el efecto del tequila te adormece los miembros, sigues ahí, tendido sobre el catre, pasándote la mano rasposa por el bigote. En tu cabeza chocan la rabia por la impotencia, esa rabia vieja que tan bien conoces, y un deseo terco de proteger este rincón del mundo, de evitar que las máquinas y el dinero de fuera lo arrasen todo.

Pero entre el humo de los pensamientos pesados, aparece un destello distinto: el recuerdo del olor a lavanda y la piel tibia de Sara. Sonríes apenas en la penumbra, una mueca leve que hace tiempo no dibujabas. Unas flores... Sí, mañana al despertar buscarás unas cuantas flores silvestres de las que crecen cerca del arroyo para llevárselas al hotel. Un gesto sencillo, casi absurdo en medio de tanta tormenta, pero que te devuelve un poco de humanidad.

Poco a poco, la tensión acumulada en la espalda cede. La respiración se te vuelve más profunda y acompasada, y la calma helada del desierto termina por vencerte. Te quedas profundamente dormido, descansando para el día que está por venir.

Al día siguiente me lavo, me visto, voy a desayunar algo que me preparen las criadas de Don Ramón y luego voy a su despacho a hablar con él.

El agua fría del cubo te despeja la cabeza de golpe. Te lavas el rostro, te abrochas la camisa limpia y te ciñes el cinturón del revólver, sintiendo su peso familiar en la cadera.

Bajas al patio de la casona, donde el sol matutino empieza a calentar las paredes de adobe. Una de las criadas, al verte pasar, te sirve un plato caliente con frijoles refritos, cecina y un par de tortillas recién hechas, acompañado de un café de olla cargado y humeante. Comes en silencio, saboreando el café que termina de espantar las últimas sombras de la noche anterior.

Con el cuerpo recuperado y la mente despejada, caminas hacia el despacho de don Ramón. Tocas suavemente la puerta de roble antes de entrar.

Don Ramón está sentado tras su escritorio. Se nota que apenas durmió unas pocas horas; tiene las ojeras marcadas y una taza de café negro entre las manos, pero su expresión ya no es la de desesperación de la noche anterior. Hay una fría determinación en sus ojos.

Al verte entrar, deja la taza y te hace un gesto con la mano para que te acerques.

—Buenos días, Ortega —dice con la voz grave pero templada—. Seguí tu consejo. Pasé la noche en blanco, pero la cabeza helada aclara las ideas.

El viejo hacendado se apoya en el escritorio y te mira fijamente.

—Esos gringos de la Santa Fe tienen los papeles y el dinero, es verdad... pero nosotros conocemos cada palmo de estas tierras, cada arroyo, cada cueva y a cada hombre que vive en el valle. Un papel en la capital no les sirve de nada si los agrimensores y los ingenieros no pueden pisar el terreno sin que les dé un ataque de pánico.

Don Ramón entrelaza sus dedos y añade:

—No vamos a ir a una guerra abierta contra el ejército ni contra San Francisco, Ortega. Pero tampoco voy a firmar la entrega. Quiero ofrecerles una negociación desde una posición de fuerza o, al menos, hacerles saber que quedarse con este valle les va a costar más de lo que están dispuestos a pagar. Sin embargo... necesito saber hasta dónde está dispuesto a llegar Vance.

Don Ramón te mira expectante, esperando a ver cuál es tu postura tras haberlo meditado durante la noche.

—¿Qué piensas tú, Ortega? ¿Cómo jugamos esta carta antes del viernes?

—Está bien pensado, don Ramón. Yo creo que el tiempo juega a nuestro favor. Necesitamos reclutar hombres. Podemos alargar la negociación, podemos decir que nos dé un par de semanas o incluso un mes para desalojar a la gente... En ese tiempo, podríamos preparar nuestro pequeño ejército. Y si Vance no aceptara, yo me ocuparía de él.

Don Ramón se mesa la barba canosa, considerando tus palabras. En sus ojos brilla un chispazo de esa vieja ambición que lo convirtió en el hombre más poderoso de la comarca, aunque una mueca de cautela cruza su rostro.

—Ganar tiempo... sí. Es una jugada inteligente, Ortega —asiente el viejo hacendado, tamborileando los dedos sobre la caoba del escritorio—. Si les hacemos creer que aceptamos la derrota pero que necesitamos semanas para recoger la cosecha y mover al ganado sin que cunda el pánico, Vance podría picar el anzuelo y reportar a San Francisco que la transición será pacífica.

Don Ramón se levanta y camina hacia la ventana, contemplando el patio soleado.

—Mientras tanto, podemos enviar emisarios hacia los poblados del sur y los ranchos del río. Hay muchos muchachos veteranos que le deben favores a mi familia o que odian a los gringos tanto como nosotros. Si reunimos una treintena de buenos tiradores para cuando venza ese plazo ficticio... la Santa Fe tendrá que pensar dos veces si quiere enviar agrimensores o una compañía entera de mercenarios.

El viejo se gira hacia ti y te clava una mirada helada, llena de pragmatismo.

—Pero Vance no es tonto, Ortega. Si sospecha que lo estamos mareando, no dudará en enviar un telegrama para pedir refuerzos inmediatamente. Si se pone difícil durante la reunión del viernes o si intenta saltarse el acuerdo... entonces dejaré que te ocupes de él como sugeriste, antes de que pueda hablar con sus jefes.

Don Ramón se sirve un poco de agua de una jarra de barro y te mira con firmeza.

—Voy a redactar una carta formal solicitando esa prórroga de un mes para 'organizar la entrega pacífica de las tierras'. Quiero que tú mismo vayas a entregársela a Vance al hotel 'El Dorado' hoy mismo. Míralo a los ojos cuando se la des. Evalúa su reacción.

Aceptas el encargo con un leve asentimiento. Tienes la carta en la mano y la luz de la mañana ilumina la calle principal mientras caminas hacia el pueblo. En el camino, te detienes un momento junto al lecho seco del arroyo para cortar un pequeño ramo de flores silvestres —algunas amarillas y moradas que crecen entre las piedras— y las envuelves con cuidado en un pañuelo gastado, pensando en Sara.

Al llegar a las inmediaciones del hotel El Dorado, la actividad matutina del pueblo está en marcha. Sabes que Vance suele tomar su almuerzo temprano en el comedor del hotel.

¿Qué haces primero: vas a entregarle la carta a Vance o buscas a Sara para darle las flores antes de encarar al gringo?

Voy a ver a Sara, entraré por la puerta de atrás y si no está, me colaré en su habitación y se las dejaré allí sin que se entere.

Subes en silencio por la escalera de servicio trasera, el mismo camino de madera gastada que recorriste anoche. El aire de la mañana huele a polvo, café recién pasado y al pan que se hornea en las cocinas del piso de abajo.

Llegas a la puerta del pasillo de las habitaciones y empujas con cuidado. El pasillo está desierto y en penumbra; a estas horas de la mañana, las chicas del hotel descansan o están abajo. Caminas sin hacer ruido hasta la puerta del cuarto de Sara y giras el pomo despacio.

La puerta no tiene el pestillo echado. Te cueles dentro y la cierras a tu espalda sin emitir un solo chasquido.

La habitación está en calma. Las cortinas tapas ligeramente la luz del sol, creando una atmósfera tibia. Sara no está allí; la cama está destendida y sobre el tocador aún queda la marca de cera de la vela que consumisteis juntos unas horas atrás.

Te acercas despacio al tocador de madera. Despliegas con cuidado el pañuelo gastado y colocas las flores silvestres —las amarillas y moradas que recogiste junto al arroyo— junto a su espejo, al lado de su frasco de perfume de lavanda. La combinación de las flores sencillas sobre la madera gastada le da al pequeño cuarto un toque de vida inesperado.

Sonríes para ti mismo al imaginar la cara que pondrá cuando suba y las encuentre.

Te ajustas el sombrero, revisas la carta de Don Ramón en el bolsillo interior de tu chaqueta y sales de la habitación tan sigilosamente como entraste, bajando de nuevo por las escaleras para dirigirte al comedor principal del hotel.

Es hora de ver a Cole Vance.

Bajas al vestíbulo y te asomas al salón del comedor. Vance está sentado solo en una mesa junto a la ventana que da a la calle principal, vistiendo un traje impecable y cortando con parsimonia un filete de carne mientras lee el periódico.

¿Cómo te le acercas a Cole Vance para entregarle la carta de Don Ramón?

Me acerco a él de frente, que me vea venir. Le voy a mostrar que no me da ningún miedo. Le voy a mostrar mi odio hacia los gringos, pero le diré que Don Ramón ha considerado que no quiere que haya un baño de sangre, con lo cual le entrego la carta.

Caminas a pasadas lentas y pesadas por el centro del comedor, haciendo resonar el golpe seco de tus espuelas contra las tablas de madera. No buscas sorprenderlo; quieres que te vea venir.

Cole Vance levanta despacio la mirada de su periódico. Al reconocerte, corta el ritmo de su tenedor, pero no muestra prisa alguna. Deposita el cubierto sobre el plato con un tintineo metálico y se echa hacia atrás en la silla, observándote con esa compostura distante y fría de los hombres de negocios que se saben respaldados por un imperio.

Te detienes al borde de su mesa. La sombra de tu sombrero le cubre parte del rostro, pero la fiera hostilidad en tus ojos es imposible de ocultar. Vance la sostiene sin pestañear.

—Buenos días, mestizo —dice Vance con un acento pausado, masticando el último trozo de carne antes de limpiarse los labios con una servilleta de tela—. Pensé que no volvería a ver tu cara hasta el viernes. Veo que Don Ramón no ha tardado mucho en digerir la realidad.

Sacas la carta del bolsillo interior de tu chaqueta con un movimiento medido y la dejas caer sobre la mesa, justo al lado de su copa de vino, con suficiente firmeza como para que el papel haga un impacto seco.

—Don Ramón es un hombre viejo y no quiere ver este valle cubierto de sangre por culpa de la avaricia de su gente —dices con voz grave, cargada de una frialdad y un desprecio manifiestos—. Ahí tiene la respuesta. Es la única que va a obtener.

Vance baja los ojos hacia el sobre, nota el sello de cera de la hacienda y vuelve a mirarte. No hay burla en su rostro esta vez; solo la mirada calculadora de un hombre evaluando una amenaza real. Entiende perfectamente el odio contenido que emanabas y sabe que, si las cosas se tuercen, tú serás el primero en meterle una bala entre las cejas.

Estira los dedos largos y finos, toma el sobre y extrae el documento. Despliega la carta y comienza a leer en silencio las líneas escritas por Don Ramón, donde se solicita la prórroga de un mes para organizar la salida pacífica de la gente del valle.

El silencio en la mesa se vuelve tenso mientras esperas su respuesta. Afuera, el sol del mediodía empieza a apretar contra los cristales del hotel.

¿Qué gesto o reacción buscas en Vance mientras lee la carta?

Me fijo primero en sus ojos, en cómo mira, y luego en toda la expresión de su rostro, en si hay algún cambio en el gesto de la cara, en la boca. Intento evaluar si está calculando o si responde con sinceridad.

Te quedas completamente inmóvil, con las manos descansando con naturalidad cerca de la hebilla del cinto, fijando toda tu atención en la cara de Cole Vance. Como un cazador que estudia a su presa antes de apretar el gatillo, escudriñas cada pequeño detalle de su rostro.

Tus ojos se clavan primero en las pupilas del gringo. Al principio, Vance recorre las primeras líneas con una soltura casi rutinaria, pero al llegar al párrafo donde Don Ramón menciona el plazo de un mes, **sus pupilas se dilatan un instante**. No es sorpresa lo que ves; es una chispa de viva **astucia**.

Sus cejas se contraen apenas un milímetro. Vance no es un novato: su boca, apretada en una línea fina y dura, traiciona un leve ajuste en su mandíbula. Está sopesando el texto, calculando los pros y los contras con una frialdad matemática.

No hay rabia en su rostro, ni tampoco la arrogancia ciega de quien se cree intocable. Lo que ves en la comisura de sus labios es el atisbo de una sonrisa calculadora, la de un jugador de póker que acaba de ver una apuesta inesperada sobre la mesa y está tratando de adivinar si su oponente tiene un farol o un par de ases.

Finalmente, Vance dobla la carta despacio, haciendo coincidir los pliegues con una precisión casi maniática. Levanta la mirada y te sostiene los ojos. Su expresión se ha vuelto completamente ilegible, impenetrable como una pared de piedra, pero tú ya viste lo que necesitabas ver: **el gringo sospecha**.

—Un mes... —dice Vance con voz pausada, dando un pequeño golpe con la yema del índice sobre el papel doblado—. Un mes es mucho tiempo en el mundo del ferrocarril, Ortega. Las máquinas no esperan a que la gente organice sus recuerdos ni a que Don Ramón digiera su orgullo.

Se inclina ligeramente hacia adelante, apoyando los codos en la mesa y entrelazando los dedos, sin perder la compostura pero dejando ver la firmeza de su postura.

—Puedo conseguirles dos semanas. Ni un día más —sentencia Vance, mirándote fijamente para medir tu reacción—. Catorce días para que recojan su ganado, empaquen sus pertenencias y se marchen en paz. A cambio, Don Ramón me firmará hoy mismo un compromiso de no interferencia. Si para el segundo viernes no han despejado los linderos del norte... las cuadrillas de la Santa Fe entrarán escoltadas por los Marshals federales.

Te devuelve la pelota. Su propuesta de reducir el tiempo a la mitad busca acorralarlos y poner a prueba si de verdad buscan una salida pacífica o si solo están ganando tiempo para armarse.

¿Qué le respondes a Cole Vance o cómo reaccionas ante su contraoferta de dos semanas?

—Es muy poco tiempo... Es mucha gente la que hay que mover. Además, no sería dentro de dos viernes. Recuerde que teníamos de plazo para responder hasta este viernes. Dejemos... Hoy estamos a martes. Dejemos estos cuatro días y las dos semanas, 18 días. Este viernes no, el viernes siguiente tampoco. La Santa Fe tendrá vía libre el tercer viernes. Si no es así, don Ramón no aceptará.

Cole Vance sostiene tu mirada en un tenso silencio. Sus ojos van de tus manos a tu rostro, evaluando el peso de tus palabras y el tono tajante con el que has trazado la línea. No hay súplica en tu voz, solo la frialdad firme de quien sabe negociar sobre el filo de una navaja.

El gringo tamborilea los dedos sobre la mesa una, dos, tres veces. Sopesa los dieciocho días. Sabe que forzar las cosas ahora mismo puede desencadenar un tiroteo inmediato en medio del comedor del hotel, mientras que conceder unos días más le garantiza una entrega sin resistencia... o al menos eso es lo que él cree que está comprando.

—Dieciocho días... —repite Vance, dejando escapar una exhalación corta mientras un destello de pragmatismo cruza sus ojos—. El tercer viernes a partir de hoy, al mediodía.

Vance coge la pluma estilográfica que reposa sobre la mesa, la destapa y escribe rápidamente unas notas al margen del documento de Don Ramón. Luego firma al pie con una caligrafía elegante y firme.

—Acepto el trato, Ortega —dice, deslizando el papel hacia tu lado de la mesa con la punta de dos dedos—. Llévale esto a Don Ramón. Si el tercer viernes a las doce del día sus hombres y su ganado no han evacuado los terrenos del norte, el pacto se rompe y la Santa Fe tomará lo que es suyo por la fuerza.

Vance se levanta despacio de la silla, se coloca el sombrero y te mira por encima del hombro con un tinte de advertencia contenida.

—Aprovéchalo bien, mestizo. Dieciocho días pasan más rápido de lo que crees en el desierto.

Con un gesto seco de despedida, Vance da media vuelta y sale del comedor con paso firme, dejando tras de sí el documento firmado con la fecha límite confirmada.

Tienes la prórroga concedida. Ahora el tiempo corre de verdad a favor de la hacienda... si saben aprovecharlo.

¿Qué haces a continuación? ¿Regresas de inmediato a la casona para informar a Don Ramón del nuevo plazo, o haces alguna parada antes en el pueblo?

Voy a paso rápido hacia la casona de Don Ramón. Si alguien me ve, va a saber que tengo prisa, que estoy ajetreado. Cuando llego a donde Don Ramón, le entrego la carta.

Caminas por la calle principal del pueblo a paso largo y acelerado. Tu figura alta, con el sombrero calado y la mano derecha cerca del muslo, corta la tranquilidad del mediodía. La gente que se cruza contigo en las aceras de madera se hace a un lado al verte pasar; tus pisadas rápidas y la expresión dura de tu rostro no dejan lugar a dudas: el hombre de confianza de Don Ramón lleva noticias urgentes.

Cruzas el camino de tierra que lleva a la casona a toda prisa, dejando una pequeña estela de polvo tras de ti. Al cruzar el gran portón del patio, varios peones te observan en silencio, intuyendo por tu prisa que algo grande se está fraguando.

Subes los escalones de la entrada de tres en tres y empujas la puerta del despacho sin ni siquiera llamar.

Don Ramón levanta la cabeza de golpe, sobresaltado por la irrupción. Se pone de pie tras su escritorio, apretando los puños sobre la madera.

—¿Qué pasó, Ortega? —pregunta el viejo hacendado con la voz tensa, escudriñando tu cara para adivinar el resultado antes de que hables—. ¿Aceptó el gringo o tuviste que echar mano del revólver?

Sacas el documento del bolsillo de la chaqueta, aún doblado y con las notas en tinta fresca de Vance en los márgenes, y lo tiras sobre el escritorio de caoba.

—Aceptó, patrón —dices, tratando de recuperar el aliento pero manteniendo la voz firme—. No nos dio el mes entero, pero peleé cada día. Tenemos dieciocho días en total. El tercer viernes a partir de hoy, al mediodía. Hasta entonces, la Santa Fe no moverá un solo hombre.

Don Ramón se precipita sobre el papel, se cala los anteojos de lectura y repasa febrilmente las líneas escritas por la mano elegante de Vance y su firma al pie del documento. Una sonrisa amarga pero llena de alivio empieza a dibujarse bajo su pesado bigote canoso.

—Dieciocho días... —murmura Don Ramón, dejando caer el papel y mirando hacia la ventana con los ojos encendidos—. Casi tres semanas, Ortega. Tiempo más que suficiente para traer a los muchachos de la sierra, armar a la gente del río y convertir esos terrenos del norte en una auténtica caldera de infierno para cualquiera que intente poner un pie en ellos.

El viejo da un golpe seco con el puño sobre la mesa y te mira fijamente, lleno de una renovada energía.

—Hiciste un trabajo excelente. Ahora empieza lo verdadero. Mañana mismo mandaremos a los primeros mensajeros al sur.

Don Ramón se sirve dos vasos de tequila de su damajuana y te extiende uno, mirando la carta de nuevo con el gesto de quien acaba de ganar la primera batalla de una larga guerra.

—Toma un trago conmigo, Ortega. Nos hemos ganado unas horas de respiro antes de empezar a reclutar.

—Pero, Don Ramón, hay otra cosa. Los gringos tienen que ver que estamos evacuando a la gente. Tenemos que fingir, al menos en algunas aldeas, tal vez las más próximas a la frontera. Vamos a tener que realojar a algunas familias. Vamos a tener que mover ganado, ya sabe.

Don Ramón se detiene con el vaso a medio camino de los labios. Te mira a los ojos, procesando tus palabras, y la chispa de euforia en su rostro da paso a una mueca de severa lucidez. Baja el vaso despacio y se apoya sobre la madera del escritorio, asintiendo lentamente.

—Tienes toda la razón, Ortega... —dice con la voz grave, acariciándose el mentón canoso—. Vance no es ningún idiota. Mandará espías o saldrá él mismo a patrullar los linderos en estos catorce días. Si no ve polvo en los caminos, carretas cargadas y el ganado moviéndose hacia el sur, sabrá de inmediato que lo estamos engañando y nos caerá encima antes de tiempo.

El viejo hacendado camina hacia el gran mapa de piel de venado que cuelga en la pared de su despacho y da un toque firme con el nudillo sobre el sector norte.

—Las aldeas de **El Chozal** y **Los Arroyos** son las más expuestas y las primeras que se ven desde el camino del telégrafo —señala Don Ramón—. Tendremos que mover temporalmente a esas familias hacia los ranchos del centro. Les daremos suministros, mantas y espacio en las galpones de la casona. A los peones les ordenaremos arrear un par de manadas de vacas hacia el sur, bien a la vista, para que el gringo trague el anzuelo completo.

Se gira hacia ti, mirándote con un profundo respeto por tu visión táctica.

—Hay que hacer la comedia perfecta, Ortega. Que parezca un éxodo triste y derrotado... mientras por los senderos de la sierra metemos a los hombres armados y las municiones.

Don Ramón toma su vaso de tequila, te extiende el tuyo y hace chocar el cristal con firmeza.

—A partir de mañana empezaremos el movimiento de las familias. Tú te encargarás de supervisar la evacuación de El Chozal para asegurarte de que todo parezca auténtico. Bebamos por esto, Ortega. El teatro acaba de comenzar.

Levanto el vaso en su honor y bebo.

—Quiera Dios que todo vaya como esperamos, don Ramón.

El cristal de los vasos choca con un sonido seco en el silencio del despacho. Alzas el tequilero hacia el viejo hacendado y te echas el trago amargo de un solo golpe, sintiendo cómo el fuego del alcohol te quema la garganta y te asienta el estómago.

—Quiera Dios, Ortega... o que al menos la pólvora no nos falle cuando llegue la hora —responde Don Ramón, apurando su vaso hasta la última gota y dejándolo sobre la mesa con decisión.

El viejo se pasa el dorso de la mano por los labios y te mira con una seriedad casi paternal. La suerte está echada. El engranaje de la engañifa ha comenzado a girar y, durante los próximos dieciocho días, cada carreta que avance por el camino levantando polvo y cada familia que abandone temporalmente su casa de adobe serán parte de una obra de teatro donde un solo descuido significará la ruina.

Sales del despacho de Don Ramón al calor abrasador de la mañana. El sol del desierto cae a plomo sobre el patio de la casona, pero en tu cabeza la mente trabaja fría y ordenada: mañana al alba habrá que ensillar temprano, marchar hacia el poblado de El Chozal y convencer a la gente de que junten sus pertenencias sin levantar sospechas, mientras el tiempo empieza a correr en el reloj.

Pero, por el momento, el aire todavía huele a la calidez de la mañana y la jornada está prácticamente entera por delante.

¿Qué decides hacer con el resto de la mañana y la tarde que te queda libre? ¿Vas al poblado de El Chozal para avisar a los lugareños con tiempo, buscas a Sara en el hotel El Dorado para ver si ya vio tus flores, o prefieres hacer alguna otra gestión?

Necesito respirar aire más fresco, así que me voy a las caballerizas, ensillo mi caballo, meto mi rifle Sharps por si acaso y me voy a galopar. Me alejo del pueblo, estoy fuera por los caminos. Paso unas horas, luego me sentaré a la sombra, luego iré a alguna venta en algún camino para almorzar allí y por la tarde volveré al pueblo y será entonces cuando busque a Sara.

Te diriges a paso firme hacia las caballerizas traseras de la casona. El olor familiar a paja seca, cuero y sudor de animal te da una extraña sensación de refugio. Buscas a tu caballo, un tordillo fuerte y de patas firmes, le colocas la manta y la silla de montar ajustando la cincha con destreza. Antes de subir, sacas tu pesado rifle Sharps de la funda de la habitación, compruebas que el mecanismo corre suave y lo enfundas en el arzón del caballo, sintiendo su peso tranquilizador.

Montas y sales al tranco por el portón de la hacienda. En cuanto dejas atrás las últimas casas de adobe del pueblo, hincas levemente los talones y el tordillo rompe en un galope largo y fluido.

El viento seco del mediodía te golpea el rostro, despejándote la cabeza y llevándose consigo el olor a encierro, las intrigas de Vance y las preocupaciones de Don Ramón. Galopas durante millas siguiendo los caminos de tierra que serpentean entre matorrales, mezquites y nopales, viendo cómo el horizonte se expande vasto e indomable.

Tras un par de horas de cabalgata, cuando el sol de las dos de la tarde aprieta con fuerza, te detienes a la sombra de un gran mezquite a orillas de un cauce seco. Desensillas un poco al tordillo para que descanse y abreve de tu cantimplora, mientras tú te sientas sobre una piedra a escuchar el silbido del viento en la nada. El silencio del desierto te devuelve la serenidad que habías perdido desde que el gringo pisó el valle.

Más tarde, ya pasada la hora de más calor, retomas el camino tranquilamente hasta dar con una pequeña venta de arrieros a la vera del camino Real. El lugar es humilde: un techo de paja, un par de mesas de madera tosca y un fogón encendido. Le pides al ventero un plato de guisado de carne con chile, un par de tortillas hechas a mano y un jarro de agua fresca para reponer fuerzas, comiendo con la paz de quien sabe que ha ganado tiempo.

Con la tarde bien avanzada y el sol empezando a declinar, pintando de tonos rojizos y dorados las colinas lejanas, emprendes el regreso.

Entras de nuevo al pueblo cuando las sombras se alargan por las calles. El aire empieza a refrescar y las lámparas de carburo de las fachadas se encienden una a una. Dejas al tordillo en las caballerizas para que lo cepillen y lo alimenten, te sacudes el polvo del camino de los pantalones y la chaqueta, y te diriges con paso tranquilo hacia el hotel El Dorado.

El vestíbulo del hotel está bastante concurrido a esta hora. Subes despacio las escaleras hacia el pasillo superior, sintiendo el crujido suave de los peldaños bajo tus botas, y te encaminas a la habitación de Sara.

Llegas a la puerta y llamas suavemente con los nudillos.

—¿Quién es? —se escucha la voz de Sara desde dentro.

—Soy yo, Ortega —respondes en voz baja.

La puerta se abre de inmediato. Sara aparece al otro lado, vestida con un sencillo vestido diario. Sus ojos se iluminan al verte, pero antes de que puedas decir nada, te sonríe con una ternura sincera y señala hacia la mesa del tocador: el pequeño ramo de flores silvestres amarillas y moradas que le dejaste por la mañana está cuidadosamente colocado en un vaso con agua fresca, llenando el cuarto de un sutil aroma a campo.

—Así que el duro hombre de confianza de Don Ramón se dedica a colarse en los cuartos para dejar flores... —dice Sara con tono burlón pero cariñoso, haciéndose a un lado para dejarte pasar—. Entra, anda. Me alegraron la mañana.

¿Qué le dices a Sara o cómo aprovechas este momento con ella al caer la tarde?

—¿Y tú cómo sabes que esas flores las dejé yo? No pueden ser de alguno de tus admiradores o algún extraño, no sé...

Sara suelta una risita suave y niega con la cabeza, mirándote con esa mezcla de burla y cariño que solo ella sabe ponerte. Da un par de pasos hacia ti y se apoya contra el borde del tocador, rozando apenas los pétalos amarillos con la yema de los dedos.

—En primer lugar, Ortega, porque ningún «admirador» de este pueblo se arriesgaría a trepar por la escalera trasera a primera hora de la mañana sin que Don Pedro lo sacara a patadas —dice, levantando una ceja con malicia—. Y en segundo... porque conozco esas flores.

Sara se acerca un poco más, cruzando los brazos sobre el pecho y fijando sus ojos en los tuyos.

—Son flores silvestres del arroyo del norte. Nadie en este pueblo pierde el tiempo cortando matas del campo para traerlas a un hotel. Solo un hombre que pasa la vida a caballo, que conoce cada rincón de este valle y que tiene la cabeza llena de cosas serias se tomaría el trabajo de recogerlas y envolverlas en un pañuelo gastado.

Sara Sonríe de lado, acortando la distancia que los separa y acomodándose el cuello de la chaqueta con delicadeza.

—Además... el pañuelo aún olía al tabaco fuerte que tú fumas. Así que no intentes hacerte el misterioso, vaquero.

Su mirada se vuelve un poco más suave y sincera, perdiendo el tono burlón.

—Gracias, Ortega. De verdad. Hacía mucho tiempo que nadie tenía un detalle así conmigo.

¿Qué le dices a Sara ahora que estáis a solas en la penumbra de su habitación, mientras la tarde se va apagando afuera?

Entonces, ¿crees que me he ganado un beso? Le digo eso mientras empiezo a desvestirla...

Sara te mira fijamente a los ojos, con una leve sonrisa que delata que te estaba esperando. Deja escapar un suspiro suave y entrelaza sus dedos en la nuca de tu cuello, acortando el último espacio que los separa.

—Te ganaste mucho más que eso, Ortega... —murmura contra tus labios, justo antes de responder a tu beso con un calor que contrasta con la brisa helada que empieza a colarse por la ventana.

Sus manos se deslizan con destreza por tus hombros mientras tú desabrochas los botones de su vestido con la calma y firmeza de quien sabe que el tiempo, por esta noche al menos, ha dejado de correr. El vestido cae suavemente al suelo de madera y la penumbra del cuarto se llena del roce de las prendas y del murmullo de la respiración compartida.

Olvidas por unas horas la amenaza de la Santa Fe Pacific, los dieciocho días de tregua, los planes de Don Ramón y la sombra inminente de la guerra en el valle. En la quietud de la habitación de El Dorado, entre el aroma sutil a lavanda y flores silvestres, solo quedan ustedes dos en medio de la tormenta que se avecina.

A la mañana siguiente, la luz dorada del amanecer entra por las rendijas de los contraventanas, dibujando líneas de sol sobre la cama. Te despiertas con el cuerpo descansado y la mente clara. Sara duerme plácidamente a tu lado, envuelta en las sábanas.

Sabes que hoy es el día en que la comedia debe empezar de verdad: debes marchar hacia el poblado de **El Chozal** para organizar la evacuación ficticia de los aldeanos antes de que los exploradores de Vance empiecen a patrillar el norte.

Te vestas en silencio, te ciñes el cinto del revólver y le das un suave beso en la frente a Sara antes de salir sin hacer ruido.

¿Qué haces al bajar al pueblo: vas directamente a reunirte con la gente de El Chozal o pasas antes por la casona para coordinar con Don Ramón los carros y provisiones?

Me dirijo a la casona; hablaré con don Ramón para coordinarlo todo. Luego desayunaré y me prepararé para la marcha. Lo mismo que el día anterior, me llevo el rifle, como siempre que voy a caballo.

Así paso unos doce o trece días, organizando la falsa evacuación de El Chozal y Los Arroyos. Durante este tiempo, he estado fuera y no he ido a ver a Sara... Cuando regreso, me informo de dónde está el maldito Vance.

Durante esos doce días, la falsa evacuación avanza como un reloj bien engrasado. Bajo el sol implacable del desierto, el polvo de los caminos del norte no deja de levantarse: carretas cargadas con muebles viejos, enseres domésticos y niños cansados avanzan a paso lento hacia el sur. Arreas manadas de vacas a la vista de todos, escenificando una derrota amarga y resignada. Cada noche, en los galpones de la casona de Don Ramón, el viejo hacendado recibe a los campesinos con comida, techo y la promesa de que todo es una estrategia para proteger lo suyo.

Por las noches, lejos de los caminos principales, los mensajeros de Don Ramón se internan en la sierra para reclutar tiradores y veteranos. La trampa se está armando en la sombra.

Cuando regresas al pueblo al cabo de casi dos semanas, cansado, lleno de polvo y con la barba de varios días, entras por la calle principal manteniendo la vista atenta y el rifle Sharps bien sujeto en la funda del arzón.

Al llegar a las inmediaciones del hotel El Dorado, buscas respuesta a tu pregunta y no tardas en encontrarla. **Cole Vance sigue en el pueblo.**

Lo ves a lo lejos, parado en el porche de madera del hotel junto a dos hombres armados vestimenta de la capital —claramente guardaespaldas o mercenarios contratados por la Santa Fe Pacific—. Vance viste un traje de viaje oscuro, con unos prismáticos colgados al cuello y un cuaderno de notas en la mano. Ha estado saliendo periódicamente a los linderos a vigilar el movimiento de las carretas y a comprobar con sus propios ojos que la "evacuación" marcha según lo pactado.

Al escuchar el casco de tu tordillo sobre la tierra seca, Vance baja los prismáticos y te mira fijamente desde el porche. En su rostro no hay sospechas aparentes, sino la fría satisfacción del hombre de negocios que cree que su plan está funcionando sin contratiempos.

Apenas faltan cinco o seis días para que venza el plazo del tercer viernes.

¿Qué haces ahora: encaras directamente a Vance en el porche, te diriges a la casona a dar reporte a Don Ramón, o buscas primero a Sara tras casi dos semanas sin saber de ella?

Primero voy a hablar con Don Ramón. Quiero saber si ya han venido todos los hombres que van a luchar y si ya están dispuestos sobre el terreno. Yo me uniré a ellos en un par de días; me tomaré estos dos días de descanso, si a Don Ramón le parece bien.

Pasas de largo frente al porche de El Dorado, ignorando la mirada de Cole Vance, y te diriges directamente al patio de la casona. Desmontas al tordillo, dejando que los mozos se encarguen de secarle el sudor y cepillarlo, y cruzas el pasillo hacia el despacho de Don Ramón.

El viejo hacendado está de pie junto al mapa de piel de venado. La estancia huele a tabaco de pipa y a cuero viejo. Al verte entrar cubierto del polvo de doce días de camino, Don Ramón deja caer el lápiz con el que estaba haciendo anotaciones y se le dibuja una amplia sonrisa de alivio.

—¡Ortega! Por fin de vuelta —dice, rodeando el escritorio para darte un firme apretón de manos—. Mis exploradores me han traído informes todos los días. La comedia de El Chozal y Los Arroyos ha salido impecable. Vance se lo ha tragado entero.

Al preguntarle por los preparativos de la lucha, el rostro del viejo se vuelve grave y lleno de una feroz determinación. Se acerca al mapa y señala varios puntos marcados con tinta roja a lo largo de los desfiladeros y linderos del norte.

—Todo está listo, muchachos. Han llegado ya más de cuarenta hombres de la sierra: veteranos de las guerras pasadas, tiradores finos y gente de los ranchos del río a los que los gringos también querían despojar —explica Don Ramón en voz baja, con los ojos encendidos—. Tienen rifles Winchester, Remington y bastantes municiones. Están acampados de forma discreta en la quebrada del Diablo y los cañones del norte, perfectamente posicionados sobre los pasos por donde la Santa Fe pretende meter a sus cuadrillas.

Don Ramón se gira hacia ti y se cruza de brazos, observando tu cansancio evidente, los ojos fatigados y la barba de varios días.

—En cuanto a ti... te has ganado ese descanso y más, Ortega —asiente el viejo con rotundidad—. Tómame hoy y mañana. Come bien, descansa y duerme en una cama de verdad. El jueves por la mañana nos reuniremos aquí para ultimar la emboscada, y al caer la tarde te marcharás a la sierra para tomar el mando del flanco izquierdo junto a la gente de los cañones. El viernes al mediodía les daremos a esos gringos la bienvenida que se merecen.

Con el permiso de Don Ramón y la tranquilidad de saber que el ejército de la hacienda ya está sobre el terreno, te queda por delante la tarde libre y dos días enteros de respiro antes de la batalla.

¿Qué haces al salir del despacho de Don Ramón? ¿Te vas a asear y a cambiar de ropa para buscar a Sara en el hotel, o prefieres hacer algo más primero?

Voy a darme un baño, ordeno a las criadas que lo preparen. Luego sí, que laven la ropa mientras yo me pongo ropa nueva y voy a ir al hotel. ¿Dónde trabaja Sara? Si me encuentro a Vance, ahora sí que me voy a encarar a él. De hecho, preferiría hacerlo antes de ver a Sara.

Cruzas el portón del hotel y subes las escaleras del porche de madera.

Cole Vance sigue ahí, instalado en un sillón de mimbre en el extremo de la terraza, revisando unos planos junto a un vaso de whisky. Sus dos matones a sueldo conversan en voz baja a pocos metros, apoyados contra la balaustrada.

Al sentir tus pisadas resueltas, Vance levanta la mirada. Al verte limpio, rasurado y con la postura erguida, el gringo entorna los ojos con cierta curiosidad.

—Vaya, el perro fiel de don Ramón ha vuelto de la polvareda —dice Vance con una sonrisa helada, dejando el vaso sobre la mesita—. Veo que lograste echar a la gente de sus casas a tiempo. Tus paisanos se ven bastante desanimados bajando por el camino del sur, Ortega.

Te detienes a escasos dos metros de él, plantándote de frente. La sombra de tu sombrero le cubre parte del rostro, pero la firmeza desafiante de tus ojos no deja lugar a dudas. Los dos guardaespaldas de Vance se tensan al instante, llevando con disimulo las manos hacia la culata de sus pistolas, pero Vance les hace una leve seña con la mano para que no se muevan.

—¿Ocurre algo, mestizo? —pregunta Vance, apoyando la espalda en el sillón con fingida despreocupación y dando un sorbo a su bebida—. Esas tierras siempre fueron del Estado y la

Santa Fe pagó cada dólar por los títulos legales al gobierno. Don Ramón solo ocupaba lo que no le pertenecía. El viernes a las doce, la ley y el progreso tomarán lo que es suyo.

Estás frente a él, en el porche del hotel, escuchando cómo justifica la compra legal de las tierras del norte antes de ir a buscar a Sara a su habitación. ¿Qué le respondes a Cole Vance ante sus palabras sobre las escrituras del gobierno?

Escupo a los pies de Vance mientras lo miro con odio.

—Aquí, los únicos perros que hay sois vosotros tres. Parece que te alegras de que esa gente haya tenido que abandonar sus casas.

Entro, pasando por delante, ignorándolo. Voy a buscar a Sara; espero que no esté con algún cliente, porque eso me pondría furioso...

El gargajo impacta con fuerza en la madera del suelo, justo al borde de la bota lustrada de Cole Vance.

Los dos matones dan un paso al frente al instante, echando mano al cinto con violencia. Vance se pone de pie de un salto, con la cara roja de rabia retenida, pero levanta el brazo rápidamente para frenar a sus hombres antes de que saquen el acero.

—¡Quietos! —sisea Vance entre dientes, pasándose el pañuelo por el borde del calzado antes de clavarte una mirada llena de veneno—. Aprovechate de tus últimos días, Ortega. El viernes a las doce los papeles del gobierno valdrán más que todas las balas de tu patrón.

Ignorando sus amenazas, le das la espalda con absoluta frialdad y empujas la puerta giratoria del vestíbulo.

El salón principal del hotel está a medio llenar. El piano suena bajito en un rincón y varios arrieros y comerciantes beben en la barra. Subes la escalera de madera de tres en tres, con la mandíbula apretada y los puños cerrados, sintiendo cómo los celos y la tensión de las últimas semanas te queman por dentro.

Llegas al pasillo superior y avanzas a pasos largos hasta la puerta de la habitación de Sara. Apoyas la mano en el pomo y, sin siquiera llamar con los nudillos, empujas la puerta de golpe para entrar.

La habitación está en calma y a oscuras.

Sara está sentada frente al tocador, en combinación de encaje, peinándose el cabello largo frente al espejo. Al escuchar el portazo se sobresalta violentamente y se gira de golpe, alcanzando a coger un pequeño estilete que guarda sobre la mesa, pero se detiene al reconocerte en el umbral.

—¡Por Dios, Ortega! —exclama, dejando caer el arma corta con un suspiro de alivio y llevándose la mano al pecho—. Casi me da un ataque...

Su rostro cambia de inmediato al fijarse en tu postura rígida, en tu respiración agitada y en la furia contenida que traes en los ojos. No hay ningún hombre allí; la cama está tendida y la estancia huele únicamente al jabón de flores con el que acaba de asearse.

Sara se pone de pie despacio, observándote con esa intuición afilada que le ha enseñado el oficio.

—Llevas doce días fuera sin dar señales de vida... y entras como si fueras a tumbar la pared —dice en voz baja, cruzando los brazos pero sin retroceder un solo paso—. ¿Buscabas a alguien más en mi cuarto, vaquero?

¿Cómo reaccionas ante Sara al darte cuenta de que está sola?

Respondo titubeando.

—Yo... eh... disculpa, Sarita. Acabo de estar hablando con ese perro de Vance y... bueno, en fin. ¿Cómo te ha ido estos días?

La tensión en tus hombros cede de golpe. El rubor del enfado se transforma en un calor incómodo que te sube al cuello mientras intentas recomponerte en la entrada de la habitación.

Sara te observa durante un par de segundos en silencio, con los ojos entornados, antes de que una pequeña sonrisa comprensiva y algo picante se le dibuje en los labios. Camina hacia ti despacio, escuchando el crujido del suelo de madera bajo sus pies descalzos.

—Así que ese gringo encorbatado te tiene con los nervios de punta... o quizás era otra cosa lo que te traía tan alterado —murmura con tono socarrón, alargando la mano para cerrar la puerta a tus espaldas antes de pasar los brazos suavemente alrededor de tu cintura—. Tranquilo, Ortega. Aquí no hay ningún gringo. Ni nadie más.

Se apoya en tu pecho, sintiendo el latido fuerte de tu corazón que poco a poco empieza a desacelerarse.

—Estos días han sido una pesadilla con Vance y sus hombres merodeando por el vestíbulo a todas horas —continúa, alzando la mirada hacia ti con sinceridad—. Ese hombre mira a todo el mundo como si fuera dueño del pueblo. He estado encerrada aquí arriba casi todo el tiempo que he podido, esperando a que volvieras de la sierra... Sabía que tarde o temprano cruzarías esa puerta.

Sara te acaricia la mejilla con suavidad, notando que vienes recién afeitado y aseado.

—¿Vas a quedarte un rato, o solo venías a comprobar que tu territorio seguía intacto, vaquero? —pregunta en voz baja, con una sonrisa juguetona mientras se empina ligeramente hacia tus labios.

La beso, primero con ganas y luego con ternura.

—Escucha, Sara. He estado pensando y te he pedido demasiadas cosas y sé que, en fin... He estado doce días fuera y bueno, sé que puedo confiar en ti y no sé, ¿necesitas algo? ¿Necesitas dinero? No sé... Tengo un par de días para descansar y pensaba pasarlos contigo.

El beso empieza con la urgencia atragantada de quien lleva doce días masticando polvo, celos y pólvora, pero en cuanto sientes la tibieza de sus labios, la furia se desvanece por completo. El abrazo se vuelve suave, pausado, dejando que la cercanía de Sara te devuelva la calma que ni el desierto ni el alcohol de Don Ramón pudieron darte.

Sara se deja llevar por el cambio de ritmo, rodeándote el cuello con delicadeza. Cuando al fin te separas un poco para balbucear esas palabras, ella se te queda mirando en silencio, sorprendida por la torpeza y la vulnerabilidad en la voz de un hombre que acostumbra a llevar la mano en la culata del revólver.

Una chispa de profunda ternura le ilumina los ojos. Sonríe despacio, negando con la cabeza.

—Ay, Ortega... —murmura, pasándote la yema de los dedos por la mejilla recién afeitada—. A veces se te olvida que debajo de esa chaqueta de cuero hay un corazón.

Se da la vuelta un momento, camina hacia el tocador y coge el pequeño vaso de agua donde las flores silvestres que le dejaste hace casi dos semanas aún conservan un par de pétalos secos.

—No necesito tu dinero, tonto —dice, volviéndose hacia ti con la mirada fija en la tuya—. El dinero va y viene en este hotel. Lo que necesito es exactamente lo que me acabas de ofrecer: un par de días en los que no tenga que escuchar a ningún borracho, ni verle la cara a Vance, ni pensar en lo que va a pasar este viernes.

Sara se acerca de nuevo, te toma de las manos y te guía despacio hacia la cama, haciéndote sentar en el borde mientras ella se acomoda a tu lado, apoyando la cabeza en tu hombro.

—Quédate conmigo estos dos días, Ortega —pide en un susurro, entrelazando sus dedos con los tuyos—. Olvídate del rifle, de Don Ramón y de las tierras por un rato. Solo tú y yo. Me basta con eso.

El silencio de la habitación los envuelve, lejos del ruido del vestíbulo y del odio que dejó Vance en el porche.

¿Cómo pasas esa primera tarde y noche de descanso con Sara antes de que el reloj empiece a marcar la cuenta atrás hacia el viernes?

Hacemos el amor. Esa noche pedimos que nos suban la cena para que ni ella ni yo tengamos que ver al asqueroso de Vance y a sus esbirros. Pasamos la noche juntos, retozamos varias veces y descansamos.

La puerta de la habitación se cierra con seguro y el mundo exterior queda por completo al otro lado. En la calidez de la estancia, alejados de las miradas de los matones de la Santa Fe Pacific y del peso de la guerra que se avecina, hacen el amor con una mezcla de fuego contenido y pausada ternura, dejando que el cansancio de las últimas semanas se disuelva entre las sábanas.

Al caer la noche, llamas al muchacho del servicio desde el pasillo para encargarte que les suban una bandeja generosa a la habitación: carne asada, frijoles refritos, tortillas calientes y una jarra de vino rojo de la región. Cenar tranquilos sobre la pequeña mesa del cuarto, descalzos, entre risas a media voz y miradas de complicidad, evitando poner un pie en el vestíbulo o cruzarse con Vance y sus hombres.

La noche transcurre lenta y reparadora. Retozan más de una vez en la penumbra, al compás de la brisa fresca que entra por la ventana, hasta que el sueño los vence abrazados.

A la mañana siguiente, el sol entra tiñendo de dorado las paredes de madera. Es tu segundo y último día de descanso antes de la batalla. Aún tienes por delante toda esa jornada para disfrutar con Sara, recuperar fuerzas y preparar el espíritu antes de que llegue el jueves al alba, cuando debas reunirte con Don Ramón para marchar hacia los cañones del norte.

¿Cómo aprovechas este último día de paz en la habitación de Sara?

Desayunamos en su habitación. Luego le digo que se vista y me la llevo. Vamos hasta las caballerizas de Don Ramón, allí cojo a mi caballo, que se llama Manso, y la llevo hasta una aldea cercana, la Entrevera. Allí vamos al cementerio y le enseño la tumba de mis padres. Busco unas flores cerca del río y las pongo allí en la tumba. Luego, en vez de volver al hotel, la llevo a alguna venta y almorzamos por ahí. Todavía nos queda toda la tardecita y la noche.

Ajustando los detalles a la realidad dura y humilde de la región:

El bajo muro de adobe encalado, desgastado por los años y con la paja asomando por las grietas de la lluvia, rodea el pequeño cementerio de La Entrevera. La tumba no tiene mármol ni piedra alguna: es tan solo un túmulo de tierra seca y apiñada bajo la sombra de un mezquite, coronado por una vieja cruz de madera de roble grisácea y comida por el sol, con los nombres de tus padres apenas visibles en la veta.

Sara se queda un paso por detrás, mirando en silencio la sencillez del lugar. La tierra del desierto es dura para los vivos y humilde con los muertos. Bajas al arroyo cercano, cortas las flores silvestres y las acomodas con cuidado sobre la tierra apelmazada, al pie de la cruz. Sara se acerca despacio, se agacha a tu lado y coloca una mano suave sobre tu hombro, compartiendo ese instante de memoria antes de volver a ponerse de pie.

Tras el almuerzo en una venta, la tarde empieza a caer con una luz dorada y templada sobre los caminos. Manso camina a paso lento, masticando el freno de vez en cuando, mientras Sara va abrazada a tu cintura con la cabeza apoyada en tu espalda.

No hay prisa por regresar al hotel ni por volver a ver las paredes de madera de la habitación. Les queda toda la tardecita y la última noche de tregua antes de que el jueves al alba te reclame la guerra.

¿Hacia dónde guías a Manso para pasar estas últimas horas de sol con Sara? ¿Prefieren quedarse en el campo hasta que salgan las estrellas o regresar despacio al pueblo cuando caiga la noche?

Pues damos una vuelta a caballo y la llevo a una colina cercana, una colina en la que hay una ermita. Desde allí nos ponemos a ver la puesta de sol. Luego volvemos a cenar a la misma venta y ya de noche la llevo de vuelta al hotel. Paso la noche con ella en su habitación. A la mañana siguiente, antes de irme, le voy a dejar bastante dinero por estas dos semanas que me ha estado aguardando.

Guías a Manso por un sendero serpenteante que sube hacia lo alto de la colina. Arriba, siluetada contra el cielo de la tarde, se alza la vieja ermita de adobe y teja cantera. Dejan al tordillo atado a la sombra de un olivo silvestre y se sientan juntos en el pretil de piedra del mirador.

Desde allí arriba, el valle se despliega entero en tonos dorados, anaranjados y violetas. El viento de la tarde sopla fresco, y Sara se acurruca contra tu costado, pasándote un brazo por la cintura mientras ambos contemplan la puesta de sol en silencio. Por unos momentos, la inminencia de la batalla y el peso de la Santa Fe Pacific parecen desaparecer tras las montañas del oeste.

Cuando las últimas luces se apagan y las primeras estrellas empiezan a parpadear en el cielo del desierto, bajan despacio la colina. En la venta de arrieros los reciben con la hospitalidad sencilla del campo: cenan una sopa caliente, un trozo de pan y algo de queso a la luz de un candil de aceite, conversando en voz baja.

Ya entrada la noche, bajo el manto estrellado, atraviesan las calles silenciosas del pueblo y entran al hotel El Dorado procurando no hacer ruido. Suben a la habitación de Sara y pasan esa última noche juntos, amándose con una mezcla de pasión y la inevitable nostalgia de saber que al día siguiente la realidad volverá a llamar a la puerta.

A la mañana siguiente, cuando los primeros destellos grises del alba empiezan a filtrarse por las rendijas de las contraventanas, te levantas en silencio. Te viste despacio, ciñéndote el cinto del revólver y calzándote las botas para no despertar a Sara, que duerme plácidamente envuelta en las sábanas.

Antes de salir, te acercas al tocador. Sacas de tu faltriquera un buen taco de billetes y monedas de plata —una cantidad más que generosa como recompensa y muestra de gratitud por su fidelidad durante estas dos semanas de ausencia— y lo dejas con cuidado junto al pequeño vaso con las flores silvestres.

Le das un beso suave en los labios a Sara, que entreabre los ojos apenas un segundo con un murmullo adormilado, le acaricias la mejilla y sales de la habitación cerrando la puerta sin hacer ruido.

Sales a la fresca brisa de la mañana. El jueves ha llegado: es hora de ir a la casona a coordinar los últimos detalles con Don Ramón antes de marchar hacia la sierra.

El pueblo despierta despacio, pero en tu cabeza solo hay sitio para lo que se viene. Cruzas la plaza y te diriges directamente al patio de la casona. El ambiente allí es muy distinto: hay movimiento de hombres embozados, caballos ensillados y un murmullo tenso que precede a la tormenta.

Entras sin llamar al despacho de Don Ramón. El viejo hacendado está despierto desde hace horas, inclinado sobre la mesa con una taza de café humeante y repasando los últimos detalles del mapa con un lápiz de mina. Al verte entrar, se incorpora y te examina con la mirada.

—Llegas justo a tiempo, Ortega —dice Don Ramón, señalándote el plano sobre la mesa—. Los hombres de la sierra ya han ocupado los altos de la quebrada. Salimos en media hora hacia el punto de reunión. Vance y sus exploradores no sospechan nada; creen que mañana a mediodía tomarán posesión de las tierras sin pegar un solo tiro.

Don Ramón se cruza de brazos y te mira fijamente, esperando tus palabras.

—¿Estás listo para marchar a los cañones y tomar el mando del flanco izquierdo?

¿Qué le respondes a Don Ramón antes de subirte al caballo y ponerte en marcha?

—Don Ramón, no es una buena idea que usted vaya a la guerra. Vance sospecharía. Usted tiene que quedarse aquí para que esos gringos de mierda no sepan nada, no se huelan nada.

Don Ramón se queda un momento en silencio, sosteniéndote la mirada con el ceño fruncido y la taza de café a medio camino de los labios. Durante unos segundos, parece que el viejo orgullo de los patrones va a hacerle protestar, pero la sensatez termina por imponerse en su rostro arrugado.

Suelta un suspiro pesado, deja la taza sobre la mesa y asiente despacio, reconociendo la lógica de tus palabras.

—Tienes toda la razón, Ortega —admite Don Ramón con amargura, apretando el puño sobre el mapa de piel—. Si Vance o sus sabuesos ven que no estoy en la casona haciendo mi rutina de siempre, sabrán que algo huele mal en el aire. Si me ven pasear por el patio como si este fuera un jueves cualquiera, mantendrán la guardia baja hasta el último minuto.

El viejo camina hacia la armería del despacho, abre el armario de roble y saca una caja pesada de munición del calibre .44 y una cantimplora de cuero reforzada con licor de caña. Las pone sobre la mesa, junto a ti.

—Te dejas la piel por esta tierra y por mi gente, muchacho. Me tragaré el orgullo y me quedaré aquí jugando al viejo indefenso —dice, clavándote una mirada seria y paternal—. Toma el mando del flanco izquierdo en la quebrada del Diablo. Habla con el capitán Morales en cuanto llegues; él tiene a los veinte mejores tiradores apostados entre las peñas.

Don Ramón te pone una mano firme sobre el hombro, apretando con fuerza.

—Haz que cada bala cuente, Ortega. No dejes que ninguno de esos gringos pase del desfiladero. Dios te acompañe en el camino.

Sales del despacho, coges las riendas de Manso y te pones en marcha en solitario hacia los cañones del norte antes de que el sol despunte del todo. El trayecto a caballo te lleva unas tres horas por senderos ocultos de cabras, evitando las rutas principales.

Al llegar a la entrada de la quebrada del Diablo, el silencio del lugar es sepulcral. De pronto, escuchas el chasquido seco de un cerrojo de Winchester ajustándose desde lo alto de las rocas.

—¡Alto ahí! —resuena una voz rasposa desde las peñas—. Diga su nombre o se queda en la silla.

¿Cómo te identificas ante los tiradores del capitán Morales para tomar el mando del flanco izquierdo?

—Soy Ortega. Vengo a ponerme al mando por orden de Don Ramón. Morales, déjame pasar.

El sonido del cerrojo volviendo a su sitio rompe la tensión del desfiladero. Entre la maleza seca y los matorrales de la ladera asoma la figura del capitán Morales, luciendo su viejo sombrero de ala ancha y un gastado chaleco de cuero.

—Baja el arma, muchacho —ordena Morales a un joven tirador apostado tras una roca antes de hacerte una seña con la mano—. Es Ortega. Dejadlo pasar.

Avanzas con Manso unos metros más hacia el corazón de la quebrada, donde el desfiladero se estrecha hasta convertirse en un embudo perfecto de paredes de piedra rojiza. A lo largo de la ladera izquierda, ocultos con una maestría envidiable entre las grietas y los arbustos, ves a una veintena de hombres curtidos, con sus rifles Winchester y Remington descansando sobre las peñas, listos para la acción.

El capitán Morales se acerca a tu estribo, escupiendo un trozo de tabaco y pasándose la mano por la frente sudorosa.

—Llegas a tiempo, Ortega —dice en voz baja, indicándote con la cabeza las alturas de la pared de roca—. Mis muchachos están listos. Tenemos el flanco izquierdo completamente cubierto. Nadie que entre a esta garganta podrá salir si nosotros no queremos. Hemos dispuesto parapetos de piedra y tenemos munición de sobra para aguantar un asedio.

Morales señala hacia la garganta del desfiladero por donde se supone que mañana a mediodía avanzará la cuadrilla de la Santa Fe Pacific junto a Vance.

—El flanco derecho lo cubre la gente de Los Arroyos al mando del tuerto Valdés. La trampa está tendida, pero tú tienes el mando del flanco izquierdo por orden del patrón. ¿Cómo quieres que organizemos el fuego cuando esa gente asome por el recodo mañana?

— Vale, sí, la gente de Los Arroyos sabrán hacerlo bien y nosotros también. Mañana nadie disparará hasta que yo dé la orden. Pondremos un vigía a la entrada del desfiladero. Yo estaré con él. Y hasta que no pasen, hasta que no estén a la mitad de la trampa, no empezaremos a disparar. No quiero que salga ni un solo gringo, ni hacia adelante ni hacia atrás. Eso debe ser su tumba. Otra cosa, nosotros ahora no estamos luchando por el dinero de Don Ramón, que nos va a pagar y nos va a pagar mucho. Nos va a sobrar la pasta, pero no luchamos por eso. Estamos luchando para que unos putos gringos no se queden con las tierras que son nuestras, de nuestra gente, para que estas familias puedan volver a donde se merecen. ¿Está claro? Quiero que cada hombre dé todo de sí. Y ni una gota de alcohol esta noche. Ya habrá tiempo de celebrarlo a la vuelta. ¿Estamos de acuerdo?

El capitán Morales escucha tus palabras en silencio, pero la mirada le cambia a medida que hablas. Cuando mencionas la tierra, a las familias desplazadas y el verdadero orgullo del pueblo, un

murmullo de asentimiento recorre a los hombres ocultos entre las rocas. Esas palabras calan mucho más profundo que el peso de las monedas de Don Ramón.

—Está clarísimo, Ortega —dice Morales con firmeza, escupiendo a un lado y estrechándose la mano con fuerza—. Aquí nadie ha venido solo por los pesos del patrón. Esa tierra es de nuestros viejos y no se la va a quedar ningún gringo con papeles comprados en la capital.

Morales se gira hacia la ladera y alza la voz lo justo para que resuene entre las peñas sin salir del cañón:

—¡Ya lo han oído todos! Ni una sola gota de aguardiente esta noche. El que toque una petaca se las ve conmigo. Y mañana, nadie mueve un dedo ni toca un gatillo hasta que Ortega dé la orden. Los queremos metidos hasta el fondo de la botella.

Un asentimiento colectivo y seco se escucha a lo largo de la pared de roca. Los hombres guardan las petacas, aseguran las mantas para pasar la noche al raso y comprueban por última vez el mecanismo de sus rifles.

Caída la noche, el desfiladero se sumerge en una oscuridad absoluta y un silencio tenso. Tú te colocas en la entrada de la quebrada junto al vigía, agazapados tras unos matorrales espinosos con el Sharps a mano, observando el camino pelado por el que mañana a mediodía vendrá el enemigo. La brisa del desierto es fría, pero entre los hombres no hay miedo, solo la paciencia atroz del cazador que espera a su presa.

El sol del viernes sube lentamente hasta colocarse en lo más alto del cielo. El calor del mediodía empieza a hacer reverberar el aire sobre la tierra seca.

De pronto, el vigía a tu lado te toca suavemente el brazo y señala hacia el horizonte sur.

Un polvo denso se levanta a lo lejos. Poco a poco, el eco de los cascos sobre la piedra empieza a retumbar en la garganta del cañón.

A través de la mirilla, los ves aparecer: Cole Vance viene al frente, montado en un caballo negro, luciendo su sombrero rígido y acompañado por una docena de mercenarios armados a caballo. Detrás de ellos avanza un carro de la Santa Fe Pacific con herramientas de agrimensura, estacas para delimitar los terrenos y un par de guardias más. Vienen confiados, riendo y conversando a

voz en cuello, convencidos de que el valle ha sido evacuado y de que la tierra es suya por la fuerza de sus escrituras.

Entran en el desfiladero. Avanzan a paso lento. La vanguardia cruza el primer recodo... luego el medio... y finalmente la columna entera queda encajada en el centro exacto de la quebrada del Diablo, rodeada por los farallones de roca donde tus hombres aguardan en tensión absoluta.

Vance detiene a su caballo en el centro del camino, saca un plano de su alforja y mira a su alrededor con autosuficiencia, sin sospechar que está parado en el fondo de una sepultura.

El silencio en las alturas es total. Veinte rifles apuntan desde la izquierda; otros tantos desde la derecha. Todos esperan tu señal.

Estás agazapado a la entrada, con el rifle encarado y la línea de tiro limpia sobre el pecho de Vance o hacia el aire para iniciar la carnicería.

¿Qué orden das o qué haces para romper la trampa?

Me tomo mi tiempo apuntando a Vance, y aprieto el gatillo. Solo después grito y empieza la balacera. Cae la muerte sobre los malditos gringos.

El tiempo parece congelarse en la garganta de la quebrada. Aguantas la respiración, calientas el gatillo con la yema del dedo y alineas el punto de mira de tu rifle justo en el centro del pecho de Cole Vance.

Él sigue sobre su caballo negro, desdoblado el mapa de la Santa Fe Pacific con esa sonrisa de autosuficiencia, ajeno al trozo de plomo que lleva escrito su nombre.

Sueltas el aire despacio. Y aprietas el gatillo.

El truenazo del disparo retumba como un cañonazo entre las paredes del desfiladero. La bala atraviesa limpio el pecho del gringo, arrancándolo de la silla de montar y arrojándolo contra la tierra seca antes de que pueda dar un solo grito. Su caballo negro relincha aterrorizado y se espanta desbocado.

—¡AHORA, MUCHACHOS! ¡A POR ELLOS! —gritas con la voz desgarrada, encarándote sobre las rocas.

Instantes después, el infierno se desata en la quebrada del Diablo.

Desde la ladera izquierda, la gente de Morales descarga una lluvia implacable de plomo con los Winchester; desde el flanco derecho, los hombres del tuerto Valdés abren fuego cruzado sin dar un segundo de tregua. La emboscada es perfecta, atroz y definitiva. Los mercenarios de la compañía, atrapados en el fondo de la garganta, ni siquiera tienen tiempo de desenfundar. Los caballos se encabritan, el polvo se mezcla con el humo blanco de la pólvora y el eco de los disparos ahoga las órdenes desesperadas de los pocos esbirros que intentan responder al fuego.

El carro de la compañía se vuelca en la confusión, pisoteando las herramientas de agrimensura y los planos con los que pretendían adueñarse del valle. En menos de dos minutos, la columna entera de la Santa Fe yace derrotada en el fondo del cañón.

El tiroteo empieza a cesar. Un silencio denso y pesado vuelve a apoderarse de la quebrada, roto únicamente por el crujido de los matorrales, el humo que sube hacia el cielo azul y el resoplido del viento del desierto.

El capitán Morales se asoma desde su parapeto de piedra, con el rifle humeante en la mano, y mira hacia abajo antes de fijar los ojos en ti.

—Ha sido certero, Ortega —dice Morales en voz baja, bajando despacio por las rocas hacia donde yace el cuerpo inerte de Vance—. Esta tierra sigue siendo nuestra.

Bajas de la ladera a paso firme, pisando los casquillos calientes que cubren el suelo. La amenaza de los gringos ha terminado en el fondo de este desfiladero. La gente de las aldeas podrá volver a sus casas y don Ramón mantendrá el control del valle.

¿Qué haces ahora en la quebrada? ¿Revisas los papeles de Vance para destruirlos, te aseguras de que el camino quede despejado o pones rumbo de vuelta a la casona y al hotel?

Ordeno a los hombres que bajen, que registren todo, que se queden con el dinero que tengan esos perros gringos en los bolsillos. En la quebrada no puede quedar nada. Hay que recoger todo, todos los trastos, armas, como que allí no hubiera pasado nada. Meteremos en el carro de la compañía los cadáveres, nos llevaremos los caballos, todo, absolutamente todo. Nos lo llevaremos lejos de allí y los quemaremos una vez cruzado el río para que nadie sepa qué pasó con esa gente. Luego iré yo a dar la noticia a don Ramón; los hombres no irán al pueblo, no les puede ver la gente. Se

trata de que esto quede en secreto. Y luego, después de las felicitaciones de Don Ramón, quién sabe, quizás podría pasar una semana con Sarita; me lo he ganado bien ganado, ¿no?

FIN